

CRONICA RETROSPECTIVA

Impresiones de un Premio de Roma

LA PARTIDA

Entre mil infortunados, tuve en otro tiempo la desdicha de concurrir por cinco veces al Premio de Roma, para no obtenerlo más que una sola. Y si finalmente no caí en la demanda, fué gracias a Gabriel Fauré, mi recordado maestro, quien, aunque todavía no pertenecía al Instituto, supo conquistarme entre los escultores y los pintores suficientes votos para contrapesar la animosidad de los músicos. Porque éstos, salvo Massenet, Reyer y Saint-Saëns, me odiaban. No fué por tanto el mío un premio de música. Pero no sentí ninguna vergüenza: los otros músicos eran Paladilhe, Dubois y Lenepveu. Lo importante eran los treinta mil francos oro, más el viaje y el alojamiento oftálmico en la ciudad de los césares.

Mi arquitecto, Paul Bigot, salió de París a la hora fijada el 1.º de Diciembre, con Landowsky, escultor y Quidor, grabador. Retenido por la ejecución de «Semíramis» en el Châtelet, yo no partí sino ocho días después, en compañía de Sabatté, el pintor. Mientras los otros se encaminaban poco a poco hacia Roma, nosotros debíamos quemar las etapas con el propósito de reunirnos en la frontera.

Hasta entonces yo había viajado poco. Como muchos de los franceses de esa época, no concebía seguridad alguna fuera de los límites de la República. La idea de penetrar en territorio desconocido me llenaba de vagas aprensiones. No estaba muy lejos de imaginarme a Italia como un país sembrado de emboscadas, arrasado por los bandidos de los Abruzzos y de Calabria y bajo la amenaza constante de las erupciones volcánicas.

LA SEDUCCION DE ITALIA

Cruzamos la frontera en Vintimille. Esta pequeña y antigua ciudad, italiana como ninguna, me produjo una impresión encantadora y, de no ser por mi compañero, siempre respetuoso del reglamento, creo que allí estaría todavía. Pude, no obstante, decidirle a que nos detuviésemos en San Remo para

almorzar y probar nuestra resistencia lingüística. Pero a nuestras primeras palabras de italiano, la sirvienta, con mejillas de manzana, nos respondió que no entendía el inglés. Debimos ir a la cocina y traernos los cubiertos y la comida. De esta forma, en una lengua extranjera, se comienza a comprender lo inútil de algunos sustantivos. Nuestro aire misterioso hubiera hecho pensar a un juez de instrucción que nosotros éramos los autores del crimen que apasiona a todos los salones.

Llegamos a Génova. Un proverbio define la patria de Paganini como *mare senza pesci, monti senza legno, uomini senza fide, donne senza vergogna*. Sobre los tres primeros artículos yo no pondría la mano en el fuego. Respecto al último, no tuvimos tiempo de comprobarlo. El pintor, que tenía prisa, no se detenía en bagatelas. El campo santo, es cierto, está lleno de viudas de piedra con mantillas, que son a la estatuaría lo que Leoncavallo a la música. Pero el puerto, que recorrimos en una barca a la hora del crepúsculo, se cuenta entre las cosas más emocionantes del mundo.

FRANCISCANISMO MILITANTE

Nos quedamos en Florencia ocho días, ocho días de niebla y de extremo frío. ¡Yo que me había imaginado que el clima primaveral de Génova era el de toda Italia! Fuimos después a Arezzo, Siena, Perusa y al Lago Trasimeno con su «velo de tristeza», como afirma el Baedeker. En Asís, el día de Navidad, atravesamos el camino desierto que lleva al convento de Subasio. Día inolvidable entre colinas violeta y las inefables melancolías del invierno, pero que tuvo, gracias a Quidor, su nota divertida. Habíamos arrendado unos asnos. El tierno corazón del grabador, apiadado de las pobres bestezuelas, rechazó el montar sobre la suya. Durante kilómetros caminó al lado de su burro, mano a mano, abrumándole de caricias, haciéndole las más delicadas advertencias y comunicándole los nombres de los pajarillos que pasaban. El sendero estaba interrumpido por un torrente. Quidor se ofreció a su asno para ayu-

darle a cruzarlo. «Por lo menos, gritó Bigot exasperado, sé lógico hasta el fin: instala el burro sobre tus espaldas y atraviesa el agua a cuatro patas».

ANTE LA VILLA MEDICIS

Cortona, Orvieto, últimas etapas. Y el treinta de Diciembre, a media noche, cumplimos con Colbert, fundador del Premio de Roma y de su reglamento. La gran puerta estaba cerrada; los muros, la villa, todo dormía. Llamamos, golpeamos, gritamos. En vano. El surtidor de Pincio hacía más ruido. No sabíamos todavía que la verja del jardín se escala tan fácilmente como en la Escuela de Saint Cloud. Finalmente, apareció el portero, un viejo gruñón a lo Luis XVII, medio dormido, desafiador, absurdo. Fué mi primera impresión de la Ciudad Eterna. Esta no debería pronto mejorarse. Los meses de Enero y Febrero fueron lamentables. Hacía un frío espantoso en mi cámara, cruzada por todos los vientos. Sentía la nostalgia del frío menos artificial de París y de sus casas caldeadas. Además, no había nada de música. Los conciertos eran por completo catastróficos; se descubría la Pastoral, que yo estaba feliz de haber huído en París; tuve que volver a silbar Redención de Franck, que a la misma hora se silbaba en el Châtelet, tal vez en sentido inverso. Sin ánimo para emprender trabajo alguno, nada entretenía mi inercia y mi disgusto por cualquier esfuerzo.

Con Landowsky empecé el conocimiento de Roma. Fuimos escrupulosos, obedientes a las indicaciones del Baedeker como dóciles yanquis. Pero estos éxtasis de obligación nos cansaron pronto. Saltamos de una parte a otra, contra toda buena crianza turística, del Janículo a la Villa Borghese, de la Sixtina a la tumba de Cecilia Metella, de San Juan de Letrán al Coliseo, del Aventino al Café Aragno, puerto supremo de nuestros entusiasmos.

ASCENSION AL VESUBIO

En Marzo partí con Malherbe a Nápoles y Pompeya. Los primeros soles, los grandes espacios, los horizontes inéditos... respiré. La ascensión al Vesubio acabó de reconciliarme con Italia y con la humanidad. Mientras que, con la ayuda del guía y de los caballos, bajo un cielo encendido, subíamos la montaña, sin dejar de paladear nuestro lacryma-christi, pensaba sin amargura en los millones de perso-

nas que, más allá de los ríos y del mar, se afanaban entonces en los trabajos de un prolongado invierno.

A cien metros del cráter, dejamos los caballos. Cuatro hombres descendieron a nuestro encuentro con cuerdas y «vesuvenstocks». Me dieron un bastón, me ciñeron con las cuerdas y me deslicé por las cenizas. Después de mil esfuerzos, desasosegados y cubiertos de sudor, no menos de ceniza, llegamos a la cima. Inclínados sobre el abismo, nos quedamos helados de terror. De las profundidades sopla la rabia de nueve infiernos sueltos. Dante no ha imaginado nada más terrorífico. Una humareda que surgió de pronto nos despidió hasta el extremo del diámetro. Descendimos hacia Pompeya, muertos de hambre, rendidos, negros como mineros. Los lavabos del Hotel Suizo nos devolvieron nuestro color primitivo y un almuerzo, seguido de siesta, volvió a ponernos en forma.

TRABAJOS ROMANOS

Volví a Roma. De súbito tenía deseos de trabajar. Encontré la Villa transformada, bañada en luz e invadida por una floración exuberante. En aquel cuarto donde me había helado hacía quince días, el sol ahora se hacía intolerable. Lo que fueron mis primeros ensayos de trabajo, poco importa: algunas canciones, piezas para piano, y vales-nocturnos que tuvieron el honor de cautivar, cuando los vió, la atención de Gabriel Fauré. El trabajo, lejos de ser un medio, no contiene en sí un fin: os absorbe y fuerza momentáneamente a creer en alguna cosa. Se quiere a una obra cuando está en vías de realización, como una madre a su hijo. Una vez nacida, es una unidad más entre millares de unidades, carne de cañón espiritual, digámoslo así. Si fuera rico, mi ideal sería esquivar todos los beneficios y derechos, escribir diez páginas por año y destruirlas. Ningún rastro, ningún entorpecimiento, nada que moleste para la nueva empresa. Pero cuando es un oficio del que se debe vivir, siniestro oficio, entonces no hay sino aconsejar a los más jóvenes, que tienen toda una vida por delante que están a tiempo de cambiar.

Entre tanto, los días se deslizaban serenos y sin acontecimientos. Toda la mañana, trabajo y cigarrillos. Con el cañonazo del fuerte de Sant-Angelo, pegaba una hoja y desperdiciaba media hora antes del almuerzo.

(De los Recuerdos de Florent Schmitt).